

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO. *Para leer la patria diamantina. Una antología general*. Selección y estudio preliminar de Edith Negrín, ensayos críticos de Manuel Sol, Rafael Olea Franco y Luzelena Gutiérrez de Velasco, cronología de Nicole Giron. México: Fondo de Cultura Económica / Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México, 2006 (Biblioteca Americana. Serie Viajes al Siglo XIX). 426 pp.

En su Colección Biblioteca Americana, el Fondo de Cultura Económica ha venido obsequiando a los lectores con una serie de “antología generales” de la obra de autores canónicos de la literatura mexicana del siglo XIX. Personalmente, considero que esta colección se apodera de la mirada: volúmenes bellamente empastados, impecablemente impresos, aparecen ante los lectores como objetos culturales que advierten a distancia la naturaleza de su contenido.

Es el caso del volumen dedicado a la obra de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), figura señera de nuestras letras decimonónicas. La selección y el estudio preliminar se deben a Edith Negrín, la cronología estuvo a cargo de la gran estudiosa de Altamirano, Nicole Giron, mientras que los estudios críticos corrieron a cuenta de Manuel Sol, Rafael Olea Franco y Luzelena Gutiérrez de Velasco. Hay que percatarse del deliberado equilibrio que se buscó en las proporciones del cuerpo de estas antologías, ya que su planeación obedece a claras ideas editoriales y vocacionales acerca del sentido que ha de tener una colección. No se trató de seleccionar por seleccionar, de sólo reunir, sino que al tiempo que se realiza esta indispensable labor se atiende a incorporar herramientas y un cuerpo crítico que dialoga estrecha e íntimamente con la obra del autor, un diálogo que queda incorporado para deleite del lector, que lo conduce por el camino de la crítica y le apoya en su propia aventura de lectura sin constreñirla. La cronología, que también acompaña a cada uno de los volúmenes de esta colección, no es sólo útil históricamente, que ya es mucho, permite, además, que obra, autor y contexto cobren su justa proporción en términos de acontecimientos simultáneos y no como hechos descoyuntados. Es posible percibir de manera sucinta el fluir de la

historia. La educación y formación de Altamirano al tiempo que la patria se iba constituyendo entre proyectos distintos da sentido a su vocación por el derecho, a su deseo de un cuerpo literario robusto en el cual la patria en cada uno de sus habitantes pueda verse y reconocerse. El índice onomástico por su parte conduce no sólo a los nombres citados, sino en muchos casos hacia los otros que se inscriben en el espacio de la vida y la obra de Altamirano.

La empresa que enfrenta el antólogo puede considerarse en primera instancia ingrata, ¿por dónde empezar?, ¿cuál va a ser la guía que concilie la personal pasión con la obligada brevedad que es siempre una antología? La antóloga Edith Negrín enfrentó múltiples retos, el primero contemplar la obra altamiraniense, sopesarla, contrastarla, y comprenderla para iniciar la reunión de obras; luego enfrentar su labor con la previa de otros y encontrar un sentido que distinguiera su trabajo. Finalmente congrega en torno al trabajo de meditada selección a colegas apasionados por la obra del maestro.

Una antología es uno de los tantos trabajos obligatorios de la crítica, y es, como la edición en general, un trabajo generoso, porque desde cierta óptica es trabajo esencialmente para los demás. No obstante esto, hacer antologías es un obligación crítica porque en ese trabajo de minuciosa relectura se juega el horizonte crítico del antólogo, horizonte que formará al lector y que es la necesaria vinculación con nuestra tradición literaria. Hacer una antología, desde este punto de vista, redundaría en la revitalización de las relaciones que el horizonte del crítico tiene para con el de Altamirano, así Edith Negrín con “Para leer la patria diamantina” responde personalmente a la pregunta que actualmente nos formulamos: ¿para qué leer al maestro Altamirano? La respuesta no deja de implicar riesgos y satisfacciones.

Al ser una “antología general”, Negrín se esmera en mostrarnos el amplio perfil del maestro: poeta, autor de novelas, crónicas y ensayos, como muchos hombres del XIX, Altamirano fue polígrafo. Esta antología general se esfuerza por mostrárnoslo así. Destaca que la novelística esté representada únicamente por un fragmento de *La Navidad en las montañas*, sin embargo Luzelena Gutiérrez de Velasco se ocupa de un paseo por la novelística en su correspondiente estudio crítico. Se deja mayor espacio al profundo sensualismo de la poesía, a la pluma ágil y observadora de la crónica, así como a sus reflexiones literarias vertidas en ensayos que añaden otras dimensiones al retrato magisterial, de ideólogo y sobre todo de novelista que ha predominado en la apreciación literaria del escritor. No se trata de obviar sus novelas, sino de cumplir con el deber de recordarnos una serie mayor de umbrales literarios por los cuales transitar hacia la obra completa.

Los lectores actuales son lectores privilegiados, así como los críticos, pues las labores de ambos se ven colmadas con la existencia cada vez de ediciones de obras completas de autores fundamentales. Negrín reconoce esta ventaja en su estudio preliminar, así mientras las antologías habían sido durante décadas los únicos materiales para conocer a los autores, o bien la publicación fragmentaria de su obra dejaba flotando en el aire un retrato inacabado, Negrín tiene plena conciencia del lugar que ocupará esta antología general, de ahí su esfuerzo por hacer ver las distintas perspectivas desde las que es posible entrar en la obra del guerrerense.

Sin conformarse con esto, el estudio preliminar se afana por atrapar en la escritura más subjetiva y privada de Altamirano, al hombre en su circunstancia y contingencia. La estudiosa se ocupó sobre todo en este espacio de construir a partir de fragmentos de sus artículos, de su correspondencia y anotaciones de su *Diario* momentos en que es posible observar cómo el carácter del hombre se fue haciendo (cambiando) y fue proyectándose en el entorno político y social; de qué manera el liberalismo no fue en Altamirano sólo credo político sino filosofía de vida, que quería ser transmitida y permanecer palpitante en su obra entera.

Ha de valorarse que E. Negrín rehúsa sacralizar al escritor, pues lo mismo expone su tenacidad para unirse a la lucha armada, para continuar y finalizar sus estudios que indica su actuar político al apoyar la candidatura de Porfirio Díaz contra la popularidad de Benito Juárez. Con esto se colabora a derribar el maniqueísmo biográfico que triunfó durante otras épocas en nuestras valoraciones literarias, y se hacen emerger las circunstancias en la que se encontraban aquellos hombres.

A decir de la investigadora, Altamirano supo como muchos de sus contemporáneos leer los signos de los tiempos, percatarse de que tras deponer las armas y hacer las leyes era preciso más que nunca seguir escribiendo, tomar la pluma y la palabra para gestionar la vida cultural: “Animador de asociaciones, fundador de periódicos, crítico literario, maestro dentro y fuera de las aulas, Altamirano llegó a tener en esta etapa un enorme poder cultural, que no económico”, a partir de estas palabras se enfatiza la trascendencia de la labor editorial detrás de las asociaciones, pues los proyectos editoriales son la materialidad de las ideas. *El Renacimiento* no es sólo un proyecto editorial más, sino una “revista con la intención de sacar la literatura del círculo de elegidos para entregarla al país”, que “pagaba por las colaboraciones”, dando así “un paso importante en la profesionalización de los escritores” (39). El estudio preliminar, volcado en el ángulo biográfico, concluye con las reflexiones nostálgicas del autor en Europa, su muerte y el regreso de sus

cenizas a México. La biografía de Altamirano sirve a E. Negrín para incluir una apreciación sobre el hombre que asumió entrañablemente la escritura de la patria para hacerla y darle cauce.

Los estudios críticos elaborados por Manuel Sol, Rafael Olea Franco y Luzelena Gutiérrez de Velasco, se refieren a la poesía, la crónica y la novelística del autor respectivamente. Manuel Sol se aboca a rastrear las ideas poéticas de Altamirano, señala los diferentes estadios de su poesía sensualista y excesivamente sentimental en su juventud; contemplativa y paisajista en su madurez. Sol hace ver de qué manera la lectura de los clásicos está presente en los poemas del tlixteco; así como se vislumbra la correspondencia de los sucesos de la política convulsa con sus versos, algunos escritos a base de iracundia y desdén. La musa de Altamirano se regodea en el paisaje mexicano, en el temperamento suriano, en los ambientes sensibles de nuestra naturaleza. Gutiérrez de Velasco reúne las novelas y las comunica en torno de la poética romántica que Altamirano moldeó para sus propios fines didácticos y patrióticos. Las reflexiones de Rafael Olea Franco sobre la crónica y la manera en que el maestro asume este género de gran ventura entre los decimonónicos finiseculares, hace ver la versatilidad de su estilo que lo mismo recordaba, pintaba el paisaje, que se levantaba en la tribuna nacional, o que se ocupaba como en la crónica ora con un “tono de civilidad republicana”, ora con estilo ligero de polémicas o de la inmediata vida cotidiana de la ciudad de México.

“Para escribir la patria diamantina” es en muchos sentidos un texto completo, a la obra del autor se añade un excedente, pues su concepción es en sí misma una valoración crítica, el estudio preliminar, la cronología y los ensayos permiten al lector adentrarse provechosamente por los caminos reales de la obra literaria de Ignacio Manuel Altamirano.

MARIANA OZUNA CASTAÑEDA  
Instituto de Investigaciones Bibliográficas